

EL ARPA DEL CREYENTE.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

LITERATURA RELIGIOSA.

Proposición es demasiado generalizada por desgracia; que en la época actual no puede existir poesía sagrada, literatura religiosa, por que la llama de la fe se halla oscilante al soplo de la duda escitada por un siglo investigador y arrojado. La ciencia en sus progresos, se dice, ha derramado por todas partes la luz de la moderna filosofía, y nuestro siglo es demasiado estrecho para poder comprender en sí á la Divinidad. Tan atrevidas aseveraciones no pueden menos de conmover profundamente los corazones donde vibren los sentimientos religiosos, y el que suscribe, al sentir el suyo agudamente herido, no puede menos de lanzar un ay de amargo dolor, y de imprimirlo en las columnas de EL ARPA DEL CREYENTE, aprovechando la ocasión que le ofrece la amistad de sus redactores.

Es verdad que es muy estrecho nuestro siglo; pero las mismas investigaciones de una erudición impía le han dado extensión y magnitud para que pueda caber en él toda la inmensidad de Dios. Es cierto que las ciencias han progresado rápidamente, imprimiendo por do quiera el sello del Gémino; pero cuando creían haber descubierto un mundo nuevo, y haber penetrado un misterio, se han encontrado abrazadas con la religión, y sus voces han sido hijas del sentimiento religioso. Así vemos al naturalista penetrar en las profundidades del globo para apercibir allí los seis días de la creación mosaica grabados en el granito; al arqueólogo interrogar á las esfinges de Tebas para que

su respuesta rehabilite la cronología sagrada; descubrir la física el sistema de las ondulaciones; para absolver al Génesis de haber hecho de la sustancia luminosa un ser creado antes que el sol, y explorar la frenología el cráneo humano, para volver á encontrar á los tres hijos de Noé en las tres razas en que se dividió la tierra. Las investigaciones de la ciencia, pues, lejos de servir de obstáculo á la religión, no hacen mas que aclarar y herosear sus dogmas; á la manera que las sobervias olas que combaten las rocas de Albion, lejos de causar en su seno la mas ligera mella, no hacen mas que blanquear su sombrío color, con sus suaves y blancas espumas. No parece sino que el Gémino, en expiación de alguna antigua blasfemia, no puede tocar ningún resorte de los misterios de la religión, sin hacer surtir de él al Dios de los cristianos. Así las ideas innatas de Platon, la armonía preestablecida de Leibnitz, la vision en Dios de Malebranche, las teorías del tiempo, y del espacio del solitario de Koenigsberg, no son mas que comentarios de esta frase de la Biblia: *Dios hizo al hombre á su imagen y semejanza.*

La ciencia acaso en sus primeras investigaciones siente fascinada y ciega la vista con la multitud de objetos que se le presentan; pero luego que su mano ha rasgado el velo que arrojaron el orgullo y la impotencia, luego que llega á mundarse en los inmensos mares de luz que derrama la verdadera sabiduría, sus ojos se esclarecen con aquella claridad y brillo, y aparecen radiantes como los del águila, y poderosos para resistir sin cejar los rayos del sol del cristianismo. Y hé aquí la razón por que dice san Bernardo que la poca ciencia separa de la religión, pero que la mucha ciencia vuelve á conducir á ella. Hé aquí por qué la cabeza matemática mas fuerte de que se gloria la Europa

sábía, Newton, al paso que descubría las leyes de la atracción, comentaba los libros de san Juan; y á la par que pesaba los mundos con su mano, acudía á demandar al Apocalipsi el complemento de la ciencia.

Pero la España, se dice, se encuentra en una época de transición; acaba de experimentar violentas sacudidas, y el furor y la venganza de una guerra desoladora, y los mas crueles engaños, han levantado demasiado su voz para que pueda oír los ecos de la literatura religiosa. Sus oídos se han abierto á las voces del siglo, y las pasiones han tomado grande incremento en su pecho. ¡Engañosas exclamaciones! Cuando el *Génio del Cristianismo* apareció en Francia, esta nación salía del caos revolucionario; todos los elementos de la sociedad estaban confundidos, y la terrible mano que comenzaba á separarlos no habia aun acabado su obra. Y sin embargo, fué recibido con el mayor entusiasmo y ansiedad, y se agotaron rápidamente las numerosas ediciones que arrojaron las prensas. Y esta prodigiosa acogida no se debió principalmente al mérito particular de la obra; era debida á la cantidad de los sentimientos en ella expresados, al tesoro de dulzura y de consuelo, á las fuentes saturadas de vida que de aquella obra surtian. España se encuentra en un estado análogo en cierto modo al de la Francia en la época mencionada; y cuando largos años de desolación y de desastres han abrasado su pecho con el fuego de la sangre de sus hijos, y han llevado la amargura y el dolor hasta el fondo de su alma; cuando el espíritu destructor de la presente época ha derruido los monumentos mas preciosos de donde emanaban sus mas puras delicias y consolaciones; cuando una lluvia de sangre y de pasiones y de impiedades ha descargado sobre su cabeza, y se ha filtrado hasta lo interior de su corazon, y una literatura delirante importada de tierra extraña ha manchado su vista con los mas espantosos cuadros de impureza y liviandad, España no puede menos de clamar por una voz consoladora que derrame un bálsamo propicio sobre tan crudas heridas, aun abiertas á la inclemencia del siglo.

No hay temor de que los preludios de la lira religiosa sean ahogados por los golpes de la pica que derriba los santuarios; ellos se elevarán de entre las ruinas de los altares mas puros y mas dulces, envueltos en la aureola de santidad y en la nube de incienso que aun humea en aquellos sagrados lugares; ellos se elevarán mas sonoros, como el canto del cisne al espirar.

Tiempo es ya de que una poesía santificada con los sentimientos que emanan de la contemplación de la Divinidad sofoque esos quejidos dolorosos que se arrancan del pecho de esta nación sin ventura; tiempo es ya de que la fuente de la esperanza fertilice su corazon aridificado por el mas cruel de los dolores, y que el llanto que abraza sus mejillas se trueque en las dulces lágrimas que hacen destilar esas ideas religiosas que tanto conmueven al alma, en esas lágrimas que tan alta filosofía encierran. Vuélvanse á oír suscitados con transporte los amorosos y suavísi-

mos ecos de la dulce lira de Teresa de Jesus; aquellos sonidos llenos de sentimentalismo y de unción de Fr. Luis de Leon; las vibraciones fuertes y conmovedoras del enérgico Granada, y las no menos penetrantes á la par que dulces de Juan de la Cruz; y vuelva á derramarse en las almas esa riqueza de imágenes é ideas santas de que el siglo les despojó, y que en tanta abundancia ofrece una religion que hace prevalecer el principio de la felicidad, allí donde el hombre creía terminado todo goce, placer y contentamiento, de esa religion sublime que hace de la tumba la cuna del cielo. Tiempo es ya de que cese esa literatura que con tan negros colores sabe pintar los vicios en toda su desnudez; que presente revestidas las pasiones con la blanca túnica de la virtud; que marca los crímenes con el sello del génio; que retrata al hombre despojado de su dignidad, y á la hermosura sin pudor, y haciendo alarde de la licencia y liviandad. ¡Ah! una célebre autora contemporánea lo ha dicho; la frente de las mujeres se cubre de rubor al contemplar su retrato grosero é infielmente delineado por los que han osado presentarlas cubiertas de horrible y asquerosa lepra.

Trácese, pues, con el mágico pincel de una poesía consoladora los bellos retratos de esas almas hermosas, cuya vista infunde aliento y reposo al corazon de los que aun aman lo bello y saben sentirlo, y colóquense ante esos cuadros de depravacion para ocultarlos á la vista, á la manera que el sublime Klopstock en su *Mesiada* coloca el planeta Adamida ante el sol, en la obra suprema, para que no presenciara el amargo y sombrío cuadro de la muerte del Salvador de los hombres.

JOSE VICENTE CARABANTES.

EL SALTO DEL FRAILE.

TRADICION.

(Dedicad á la señorita doña C. de L.)

I.

«Desgraciada... ¡ah! Si pudiera sustraerme á los pensamientos que se suceden en tumulto en mi alma, y se levantan contra mí!»

CORTHE.

— No sé por qué tengo un disgusto, presentimiento quizá de alguna desgracia; Paquiro, quisiera saber de tí á media noche.

— Pues bien, Teresa; ¿ves aquel pico que se



eleva sobre los demas de la sierra al otro lado del arroyo; y que parece tocar á las nubes? pues allí encenderé una hoguera: si la ves, nada temas por mí.

— Será para mí cual la luz del puerto para el infeliz náufrago; adios.

— Adios, luz de mis ojos! la vírgen del Cármen me amparará.

Así dijo el bandido, y descendiendo por estrechísimas veredas, conocidas solo de él y de sus compañeros, llegó á juntarse á estos que á caballo le aguardaban.

Montó un su hermoso tordillo, y poniéndose á la cabeza de la compañía, subiendo cerros, y bajando por cañadas, se perdieron en fin á la vista de la enamorada Teresa, que desde una altura tenia siempre sus miradas fijas en el objeto de su amor.

Permaneció inmóvil aun por un largo rato sobre la cúspide, envuelta en la niebla que el viento arrojaba á su antojo de un lado á otro, sin distinguir ya los objetos por la oscuridad de la noche; la mirada vaga, el cuerpo inmóvil, el ropage flotante, y las hermosas trenzas de sus cabellos en agitada ondulation, parecia el génio de la tempestad, que posado sobre la altura aviva el encono de los enfurecidos elementos.

¿Será tal vez que al alma fuerte de aquella mujer no ponga miedo la ira Jehová? ¿Será que el pavor la tenga inmóvil cual estatua á quien sirve de pedestal el alta cima? No; es que en su corazon luchan encontrados sentimientos, y hay en él una tempestad mas furibunda aun, que la que hace estremecer la naturaleza entera.

Recuerdos gratos de mejores tiempos; ilusiones soñadas y perdidas; horrible realidad, y el inexorable deber que sin cesar hablaba á su alma.

El pálido resplandor de un fugaz relámpago, fué precursor de un trueno que hizo estremecer la sierra en sus profundos cimientos de granito; pareció haberse rasgado el firmamento, y en confuso remolino de viento y nubes, y estruendo y fuego, cayeron envueltos dos espíritus, reluchando con bárbaro furor.

Armados de espadas de quemadoras llamas, defendido el uno por el escudo de la fé y la sana conciencia, y oponiendo el otro á su contrario la égida de la mentira y la perversidad; ambos hermosos, aunque bien diferentes en sus semblantes de resplandeciente lumbré; ceñida la cabeza de bella aureola de puros resplandores el angel del bien; y el espíritu infernal con los cabellos crispados y rojizos á la manera de vívoras que se retuercen y entrelazan, moviendo cruda guerra; los dos ángeles seguian su encarnizado y sobrehumano combate.

Teresa no ve á los espíritus; pero su alma siente la horrisona ensangrentada lucha que movian. Aturdida, como fuera de sí, creyó oir palabras que se dirigian á ella; pero los oídos de sus carnes eran torpes para distinguirlas, y su imaginacion sola se las reproducia de modo que pudiese comprenderlas.

EL ANGEL DEL BIEN. — Pobre paloma, sencilla y bella, á quien el gavilan tiene entre sus garras; jóven infelice, que arrebatada á sus padres ha unido su destino al de un atroz bandido; que si la acaricia, la mancha de sangre; si la da galas y placeres, son comprados con el oro de su rapina. ¿Son estos dias acaso mas dichosos que cuando acompañada de tus dulces amigas en el seno de tu familia, y querida de todos, eras el orgullo de tus padres?

EL ESPÍRITU INFERNAL. — ¡Oh venturosa mujer! envidiada de todas, independiente cual ninguna,

eres el ídolo de un valiente; tú sola has sabido inspirar á esa alma altiva una pasión que le somete al poder irresistible de tus hermosos ojos; ¿qué hay que tú puedas desear que al momento no poseas?

TERESA. — La tranquilidad de mi conciencia, la paz y santo júbilo que en otro tiempo sentía en mi alma.

EL ANGEL DEL BIEN. — De nuevo la conseguirás si otra vez, hija arrepentida, sabes huir del peligro, y apartarte del horrendo precipicio á que caminas. ¿Crees tu acaso que el amor de ese hombre es otra cosa que el orgullo de tenerle á su lado, ó bico que te cree como un pasatiempo indispensable en las horas en que su diestra deja de estar armada: nuevo Cain atentando contra la vida de sus hermanos? Si ese hombre te amase; si su amor fuera cierto, te apartaría del teatro de sus crímenes, y de donde tu vida y seguridad peligran.

TERESA. — ¡Es verdad! Siento un vértigo mortal que me devora el alma.

EL GENIO DEL MAL. — Eres la reina de estas montañas, su única deidad; el amor no exige magníficos palacios ni murados castillos; allí donde el objeto amado habita está el templo del amor; libre de la cenosa etiqueta de las ciudades, despreciando las habillitas importunas, debes seguir siempre á tu amante.

EL ANGEL DEL BIEN. — Sí; allí donde el objeto amado habita está el templo del amor; pero el amor te horroriza ante las manchas de sangre; la paloma sencilla debe desconfiar del halago del perverso gavilán...; Oyestis el estampido de un trueno...; ¿Son estas las músicas con que el amado regala á la amada?

TERESA. — No puedo más...
TERESA cayó agoviada bajo el peso de sus terribles ideas, y de la impresión y violento choque

que había sufrido su alma al escuchar á los espíritus.

El ángel del bien, de nuevo en furibunda lucha con su contrario, logró echarle por tierra, y hacerle rodar desde la cumbre, dando en una y otra peña á la manera que un tronco lanzado por mano hercúlea; dió en fin en el borde de un profundo precipicio, y rechazado por la punta de una roca cayó al profundo, vacilando en el aire, y despidiendo palidas ráfagas de luz; su roja, cabellera de brasa produjo un vivísimo y siniestro resplandor; y entre nubes de denso humo, y quejidos, voceros y truenos, desapareció en el seno del abismo. Una voz que parecía salir de las entrañas de la tierra, áspera y llena de encono, gritó: «El gavilán ha sido vencido, pero no muerto!».

Asistida Teresa por el genio del bien, se levantó, y se dirigió hacia la gruta que le servía de habitación, no sin dificultad por la tortuosidad de los senderos y la oscuridad de la noche.

El espíritu benéfico alzó su vuelo luminoso, y rápido se perdió en el espacio cual fugaz cometa que cruza el eter.

Teresa llegó por fin á la gruta; se recostó llena de amargura, levantándose cerca de la media noche para salir á colocarse en el sitio desde donde podía descubrir la hoguera que Paquirio debía encender: sus miradas la buscaban en vano; una oscuridad tenebrosa reinaba en todas partes. Aguardó un buen rato inmóvil, y con la vista fija hacía el sitio que atraía toda su atención; la lluvia empezaba á arreciar; el huracán bramaba enfurecido contra las peñas, y desgajaba los árboles de la montaña. Húmedecida por la lluvia, impaciente y llena de pavor, encaminaba sus pasos á la gruta, vertiendo lágrimas... De repente lució una débil luz en el pico opuesto de la sierra, y se fué avivando gradualmente.

— ¡Ah, gracias á Dios! nada le ha sucedido; abandónale yo sin que ningún infortunio nuevo le atormente, dijo latiendo su alma de amor y emoción.

Pobre mujer, que había querido engañarse á sí misma, figurándose que podría dejar de amar! Espíritu enérgico y bueno en miserable prisión de carne y dudas.

II.

Y allí donde dirigía el gesto feroz de su cólera, la esperanza se desvanecía, y la piedad huía suspirando.

BIRON. — *El corsario. — Canto I.*

Helo allí, apoyado sobre su retaco, de pie sobre una peña, y velando el solo, en tanto que sus compañeros yacen entregados al sueño que les arrulla el bramido del aquilón y la voz potente de la tempestad.

El aspecto de Paquiro de ningún modo conviene con su azarosa vida; su ademán altivo, algunos rasgos de valerosos, que cual las chispas luminosas de una casi apagada hoguera producía su alma; aquella inteligencia con que había sujetado á su voz sumisos, cual lebreles á su dueño, á aquellos hombres de corazón malvado; y el amor que tenía á Teresa, aquella pasión que tal vez era el único sentimiento puro que conservaba su alma, daban á entender que no siempre había sido instrumento del crimen.

¿Saben acaso sus compañeros quién sea? ¿El nombre que lleva es el suyo? ¿Quién conoce el hondo pesar que adorna su frente?

Terrible en la pelea, el golpe de su formidable brazo es inevitable; y allí donde apunta su tonante arma, la muerte vuela rápida, y la vida huye por la ancha herida.

El primero en las refriegas, cuidando de todos, y olvidándose de sí; jamás su parte de botín fue mayor que la de sus compañeros, y muchas veces la arrojaba con desprecio. Su cuerpo, aunque delicado en sus formas, resistía los mayores sufrimientos; ni el furor de la pelea, ni el temporal, ni la rápida ascension que á veces hacia por escarpados cerros, parecían incomodarle; jamás el sueño vino á sus párpados cuando estaba lejos de su guarida, ni se había quejado de cansancio ó necesidad.

Luego que vivió con los bandidos, supo hacerse superior por su valor y su audacia, que más que valor y audacia eran el pensamiento desesperado de un ser mitad hombre y mitad demonio, que se complacía en la destrucción, y que busca en la muerte descanso al vértigo que le atormenta.

(SE CONTINUARA.)

A NUESTRA SEÑORA

en la

TRASLACION (1) DE SU IMAGEN DE LA FUENCISLA
A SU SANTUARIO.

SALVE, reina poderosa de los hombres y del Cielo, templo de oro, blanca rosa, fuente viva de consuelo para el triste pecador;

Salve, ¡ti que á la serpiente que rindió nuestra flaqueza quebrantástele la frente; salve, espejo de pureza, virgen madre del Señor.

Como el sol que el orbe dora, sin descanso tú repartes del ocaso hasta la aurora tu piedad en todas partes con desvelo maternal;

Y á tus pies hoy reunido todo el pueblo segoviano, las mercedes que ha debido al Eterno por tu mano, agradécete leal.

Cuando airado el juez tremendo en la tierra nos aísla con los males combatiendo, ¡Madre nuestra de Fuencisla! nuestros ayes van á tí.

Que es tu seno de ternura rico vaso que recoge nuestro llanto, y lo depura; y así Dios el ruego acoge que ofendíerale sin tí.

Levantó su voz la guerra por los ámbitos de España; y amagó dejar la tierra en total devastación.

Suspirando, al templo sacro á implorar tu gracia fuimos; y á tu augusto simulacro con el luto le vestimos que llevaba el corazón.

Y al Altísimo aplacaron tus plegarias, Virgen pia; y las tumbas se cerraron que la peste cada día ensanchaba mas tenaz.

Y cesó la lucha horrenda, mas temible que la peste, y los gritos de contienda resarcieron el favor celeste con los himnos á la paz.

(1) Ha tenido lugar el 25 del pasado por la tarde. El pueblo de Segovia saca de su santuario en rogativa en tiempo de aflicción pública esta imagen, y la coloca en la catedral, donde permanece vestida con un traje morado, hasta que habiendo cesado la calamidad, es restituida solemnemente la Virgen á su ermita; y se dice que antes ó al tiempo de verificarse la traslación aparece una estrella en el Cielo, que se ve perfectamente en medio del día. A esta creencia y á aquella costumbre aluden estos pocos versos, hechos como de viage y en meson.

Muda ya la fiera trompa
que sonaba con espanto,
da Segovia en esta pompa,
y en la gala de tu manto,
grato indicio de su fe.

Signo es doble. Madre nuestra,
de salud por tí alcanzada,
y á la par también demuestra
que de España desterrada
la discordia al fin se vé.

Brillen pues los rayos puros
del clarísimo lucero,
que al salir de nuestros muros
testifica al mundo entero
tu dichosa traslación;

Y hagan hoy sus tornasoles
por influjo soberano,
desde aquí á los españoles
ser un pueblo todo hermano,
mas familia que nación.

Y esta España, cuyo aliento
se dignó el saber profundo
elegir por instrumento
que rindiera medio mundo
á la Cruz del Salvador,

Logre ser; oh Virgen pura!
por lo fiel que te venera,
la nación de mas ventura,
como ha sido la primera
en virtudes y valor.

J. E. HARTZENBUSCH.

BELLAS ARTES.

EN LA

ACADEMIA DE SAN FERNANDO.

Donde el bronce labrado y oro?... Donde
átomos y gradas del asirio templo?...
Soto el tesoro que el ingenio adquiere
ya libra de morir....

P. DE Céspedes.

A recorrer en estos días las salas de la Academia, un inefable sentimiento de esperanza para el porvenir se apodera de nuestra imaginación, viendo reanimarse los destellos del genio español, y alejarse la triste nube que lo encubría. Bajo el influjo de este sentimiento, bajo el influjo del orgullo nacional un tanto satisfecho, escribimos nuestro pobre juicio. Ni pretendemos ostentar inútil pedantismo, al menos detractor á nuestros artistas insistiendo en sus defectos. Consideramos cuerda y prudente que baste pena le cabe al mal pintor en emplear largos días de trabajo en cuadros invendibles, y en ver que no alcanza su conato á grabar su nombre en la mente de los espectadores. Con-

sideramos asimismo que la pobreza en que ahora se encuentra España, impidiendo remunerar debidamente esa aplicación, impide también darla pábulo. Así basta que un artista, olvidándose de tan frío positivismo, se lance en alas de su entusiasmo para que merezca no solo nuestra aprobación, sino nuestra gratitud.

Por lo tanto, la crítica en esta época debe ser generosa y halagadora; de lo contrario pecaría de injusta.

Si los progresos de las artes son en verdad el barómetro de la civilización de un país, al observar estos cuadros aparece España en un grado mas alto de cultura del que efectivamente se halla; pero nosotros no juzgamos axioma aquel aserto; porque bien puede un pueblo estar, con respecto á otros, muy atrasado en el saber, y haber en él varios hombres de ingenio que con aplicación y entusiasmo le cultiven.

Así sucede; y de esto resulta no poder haber ora en España ninguna escuela particular predominante. Cada artista se deja arrastrar inconstante en pos de los diversos modelos que mas le placen, seguro de que el pueblo indiferente, ni le manifestará un gusto determinado, ni le pedirá mas de lo que le dé.

El cuadro que mas excita el interés en el patio de la Academia representa á las santas Justa y Rufina después de su martirio. La composición es de lo mas delicado y original que el señor Esquivel ha hecho; una de las santas se reclina moribunda sobre su hermana; en su rostro huido, en su lánguido cuerpo se echan de ver las huellas de los mas crueles padecimientos, mientras que la otra, tendida á la espalda la lengua cabellera, alza los ojos al cielo con la expresión mas sublime de ternura, manifestando, junto con los dolores de su cuerpo, los dolores de su alma, viendo á su hermana en brazos de la muerte, y la esperanza en el Eterno. Dos ángeles envueltos blandamente en nube vaporosa, bajando del empuje con palmas y coronas, completan este patético conjunto. El dibujo es correcto; hay naturalidad, novedad y belleza en los esbozos y plegado de los trajes, y el colorido suave y limpio se compone en general de tintas dulcemente pálidas.

Aunque no tan bellos como este hay otros cuadros del señor Esquivel sumamente apreciables, tales son, *Jacob y Lia*, *El Ángel de la Guarda llevando un alma al Cielo*, y *Santa Cecilia*. Los tres pertenecen al género sublime religioso; campean en ellos el vigor de la expresión, y la imaginación lozana y poética de este discípulo de Murillo. El colorido en estos cuadros, no obstante ser tambien fresco y pastoso, no nos place tanto como en el de las santas mártires. Creemos una de las causas que en esto influyen el demasiado carmin que en las carnes hay prodigado.

Donde vemos que el señor Esquivel se acerca mas á su maestro, es en la *Virgen y el Niño*. Podemos decir con certeza que este cuadro no lo desdenaría Murillo.

Las pinturas que ademas ha presentado este año el señor Esquivel son: una *Venus* que no pasa de la medianía, y varios retratos, en los cuales lucen las buenas cualidades que ya todos han tenido ocasion de admirar en este fecundo artista; no obstante, llamamos la atención sobre la sorprendente verdad de las mantillas de tul blanco que en dos retratos se hallan.

Si habeis viajado por la encantada Andalucía; si habeis aspirado el incienso en sus ostentosas catedrales; si habeis contemplado con el placer del entusiasmo los grupos de sus mujeres seductoras y sus vivaces hombres, vestidos de graciosos y pintorescos trajes, y postrados con devoto recogimiento ante los altares de la madre de Dios; si sentisteis, en fin, en las solemnes fiestas de sus templos vuestra alma volar á las alturas, y algun ángel invisible acercarse á vuestro oído y prometeros la bienaventuranza; decidme, ¿no recordasteis con dulce emoción todo eso al

contemplar los bellísimos cuadros del Sr. Rodríguez de Guzmán? No os parece haber escuchado aquella *misa*? haber asistido á aquel *bautismo*?

Este pintor sevillano no en vano aspira al lauro que ya ciñera las frentes de Villamil y de Berquer. Sus dos templos reúnen á una feliz perspectiva, al brillante claro oscuro, á la vaguedad de los reflejos de los cristales de colores y del humo del incienso, la gracia y exactitud con que están combinados los grupos, y la expresión de los rostros.

A propósito de los cuadros de los señores Esquivel y Guzmán, el lector nos dispensará que esponamos algunas reflexiones sobre el sentimiento religioso en bellas artes.

Los griegos representaron la belleza en el órden material, tal como la comprendían; pero el Cristianismo nos ha mostrado otra belleza mas sublime: la belleza espiritual. Creemos que el recuerdo del *juicio universal*, de Miguel Anjel; del *combate de San Miguel y Satanás*, de Rafael; de *la bajada de la Cruz*, de Rubens, hará vacilar á cualquier fanático por el arte de los antiguos. La nueva escuela no escluye la belleza corporal, pero puede existir sin ella; sí, la expresión sublime puede existir sin el refinamiento de la forma; diganlo sino los ascéticos y descarnados rostros que pintaron Murillo y Ribera.

El idealismo de las creencias cristianas, inagotable raudal de inspiración y filosofía, ha influido de una manera muy directa en el desarrollo de la inteligencia y la razón. Al idealismo de sus creencias cristianas dehen Rafael, Rubens y Murillo sus mas solemnes triunfos.

Pensamos en esto con Mr. Arsenne (1). Sabido es que desde el primer vuelo del sentimiento religioso la imaginación creadora é ingénuu del artista poeta tiene necesidad de fijar prontamente en signos exteriores, en figuras visibles, todo cuanto hay en ella de fecundo y de verdadero.

La forma material, aun la mas tosca, es la primera expresión que la idea acepta; y si esta forma se depura; si cobra mas vida con los progresos de la inteligencia; si el pensamiento religioso cada vez mas preciso, cada vez mas determinado se eleva así de símbolos en símbolos; si esa necesidad del alma llama á su socorro todos los recursos del arte por medio de sus mas poderosos intérpretes; si hace, en fin, descender á la forma humana las mas imponentes y las mas seductoras manifestaciones de la divinidad, ¿á quién, pues, pertenecerá el privilegio de tan sublime significación, sino á aquel pueblo que se vea excitado sin cesar por sus instituciones religiosas y civiles á resolver este gran problema?

El sentimiento religioso que parece hoy tan lejano de un centro armónico universal, existe siempre en el corazón del artista, del hombre poeta, como un calor latente, que al menor contacto vá á hacer estallar en rayos brilladores.

El sentimiento religioso es un amor inmenso, instintivo, como el que reúne dos seres por las mas felices simpatías. El revela á las almas mas expansivas y mas fuertes los pensamientos mas altos, mas generosos, y dispone á los demas incesantemente á adoptar con entusiasmo las promesas que tienen por objeto el bienestar de todos. Si el lazo que hacia este pensamiento comun á todos, si el lazo que hacia de todos una sola voluntad se rompe, esas almas ardientes se sienten aisladas, errantes, llenas de desaliento; pero bien pronto, por un ascendiente irresistible, y como sin saberlo, vuelven á tomar insensiblemente los caminos que conducen á ese pais encantado que han visto en sueños, y que sin duda será una realidad.

Felicitemos con toda la efusión de nuestra alma á los artistas que conserven ilico, no obstante los rudos embates del escepticismo, ese germen de las grandes creaciones.

Hasta unas veinte copias de Murillo se hallarán en el patio de la Academia, pintadas por los señores Roldán, Bejarano y Durán. Sin embargo de ser casi todas recomendables, las mas admirables son, tanto por su correcto dibujo, como por la lozanía de sus colores, *El nacimiento del hijo de Dios* y *San Felix de Cantalicio*, ejecutadas por el primero.

El cuadro del señor Gimeno, que representa la destrucción de *Numancia*, tiene figuras de bastante vigor en el diseño, y algunas bellezas de composición; pero el colorido, crudo asaz, lo hace parecer mas descuidado.

Admírase luego en la primera sala un magnífico retrato de S. M., y una cabeza de un anciano, obra, ambos cuadros, de Don Bernardo López. Las dotes mas estimables de este artista son un dibujo sin tacha, gran verdad y riqueza de accesorios, un colorido del mejor gusto, y una paciencia estremada. Hay tambien en esta sala tres buenos retratos de Don José de Madrazo, y dos del señor Tejero; pero lo que allí mas arrebatan son los cuadros de Don Federico de Madrazo.

El mas notable por esa expresión, ese brio, esa franqueza y esa verdad que nos recuerda á Vandick, es el retrato de su hermano Don Pedro de Madrazo; mas no se crea por esto que les ceden en mucho los demas; otro retrato que hay de una señora, y los cuadros que representan una muchacha de Albano en el acto de tomar agua bendita, y otro de Mola de Gaeta, vistos una vez nunca se olvidan. La expresión tan dulce de las fisonomías, las miradas tan interesantes, tan inesplicables, el gusto y la brillantez de los colores, la donosura, la armonía, la magia del conjunto, todo contribuye á embobesar la imaginación, y á hacerle creer al espectador que se halla en las regiones mas ideales.

Se observa en estos dos últimos cuadros pintados en Italia un estilo particular, quizá demasiado relumbrante, pero de muy buen efecto. Este jóven artista, á quien con razon podemos llamarle el Rafael de nuestra España, reúne á todo el vuelo del genio todo el refinamiento del arte.

Ademas de otros dos retratos, que son obras maestras en su género, tanto por la semejanza con el original, como por la ejecución, hay tres en croquis de lapiz, donde se admira la facilidad y franqueza que el señor Madrazo tiene ya en el diseño, y el grande efecto que sabe producir con tan pocas líneas.

En esta sala se halla tambien una buena estampa grabada por el señor Pellieguer, la cual manifiesta bien que este arte se cultiva aun en España con bastante éxito.

Un retrato del buen género, y adornado de bellos accesorios, del señor Méndez; otros varios del señor Piedra pintados al encausto, y dos graciosos pasajes del señor Camarón, es lo mas notable que encontramos en la sala segunda.

En la tercera cautivan desde luego el interés por su originalidad de estilo, su pureza y severidad de dibujo, su novedad, tanto de concepción como de expresión, y la especie de misterio que se advierte en ellos, los cuadros del señor Don Joaquín Espartel.

Distínguese este estilo, muy en voga hoy dia en Alemania y Francia, ademas de esas dotes que hemos dicho, por las tintas amarillas con que están templadas las luces; lo cual, si está bien hecho, no desagradará; pero si disgusta esa imitación que se advierte de Rafael y de Alberto Durero en cuanto á privar al colorido de las alteraciones que naturalmente debe sufrir, y de esa armónica degradación de tintas que tanto nos encanta en Murillo. Preocupación nos parece el ver abandonar el camino de la verdad, por seguir el de una escuela, que si bien es maravillosa en muchas de sus partes, tiene que ceder á veces su primacia. Juzgamos con Mrns que el verdadero artista debe tomar solo lo mejor de cada escuela.

Los ángeles llevándose á enterrar el cadáver de Moisés; la *Melancolía* representada por una jóven con un libro en la mano, sentada en el antepecho de una ventana gótica, contemplando con bellísima expresión el

(1) *Traité de Peinture et Sculpture.*

disfrazado paisaje que á lo lejos se estiende; *Santa Ana dando lección á la Virgen*; *El rapto del alma de una mujer pecadora por los diablos*; *La gitana diciéndole á una aldeana la buena ventura*; y *Los pisanistas* manifiestan bien una imaginación romanesca, fecunda, filosófica, y no muy novel en el arte.

Varios cuadros hay junto á estos muy apreciables de los señores Camarón, Rulfo de Villegas, y otros cuyo nombre no recordamos; un retrato del Regente, que nos gusta poco, por el señor Gomez; otro de señora, de mejor colorido que dibujo, por el señor Gutierrez; un pasaje de la *Conquista de México* por el señor Fernández, donde hay cabezas muy bien dibujadas; pero mucha faldad en general; grupos baseados, y frages de diversas épocas.

Las pinturas de los señores Alenza y Sainz y Gutierrez ocupan la sala cuarta. Admirase en todas las del primero mucha gracia, tanto de concepción como de estilo; los mejores son *Un mayoral de diligencias requiebrando á una moza de posada*, y *Varios truhanes jugando*. Ha presentado además este artista cuatro retratos, que no obstante haber en ellos franqueza y verdad, adolecen de bastantes defectos.

La invención del cuadro de *El alma desterrada*, pintado por el señor Sainz, es tierna y poética, expresando muy bien el pensamiento de la autora de esta leyenda religiosa; pero en la ejecución no es tan feliz; hay muy poca flexibilidad en los contornos, apareciendo además algo recortados. Otra cualidad muy recomendable en este cuadro es la bella entonación del fondo.

En la sala quinta llaman la atención, sobre todos, los cuadros del señor Gomez. Hay cuatro de bodegones pintados con mucho gusto y verdad; dos retratos muy bien estudiados y de esmerado concluido, y un cuadro histórico de no mala invención, aunque de poca vida, y algo de amañeramiento; cuadro que ya habíamos visto en la exposición del Liceo.

En la sala sexta hay pinturas muy notables de los señores Mujica, Arregui, Trigueros, Gamarra, Posse y Vives; sentimos que la demasiada extensión que insensiblemente ha ido cobrando este artículo, nos impide recomendar las bellezas que encierran detenidamente. También merecen particular mención los retratos del señor Fernandez Guerra, y una copia del cuadro de Santa Isabel de Murillo por el señor Santa Maria.

Lo que mas agrada en la sala séptima es un retrato del señor Prats, y una *Resurrección* del señor Palos. Hay además repartidos en varias salas multitud de retratos de los señores Montalvo, Corro, Reigon y Ortega, y varias copias de los señores Perez, Fernandez y otros; de todo lo cual nos abstenemos de hablar por temor de faltar á nuestro propósito.

Entre los retratos al lápiz el mas digno de elogios por su delicadeza y semejanza es el del Curioso Parlante, dibujado por la señorita Weis.

Los planos arquitectónicos de los señores Javier de Mariátegui y Guallart y Sanchez reúnen al buen gusto y sencillez del plan de construcción un lavado de sumo esmero.

Terminaremos ya este artículo, rogando á los pintores que hemos olvidado de citar nos lo perdonen, tomando en consideración lo difícil que es retener tantos nombres en la memoria.

R. MITJANA.

(6 de setiembre de 1842.)



MOVIMIENTO LITERARIO.

El abate de Lamennais acaba de escribir en su casa de campo una nueva obra filosófica, que debe salir á luz de un momento á otro. Así que llegue á nuestras manos la examinaremos con la detención que las producciones de este célebre innovador exigen.

—Recomendamos á los amantes de la antigua literatura religiosa un poema que se está imprimiendo en Chartres, titulado: *Milagros de Nuestra Señora de Chartres*, manuscrito del siglo XIII, que se hallaba inédito en la biblioteca pública de aquella ciudad.

—Desde el 15 de noviembre próximo se publicará una obra titulada: *La razón del Cristianismo*, en tres tomos en folio. Hemos visto el prospecto, y nos parece elocuente y bien escrito.

—Esta semana no ha habido novedades teatrales de que poder informar á nuestros lectores, si se exceptúan los bailes, que nunca serán de la inspección de nuestro periódico.

—Para el número próximo se está grabando un dibujo original de uno de nuestros mejores artistas.

—Dentro de pocos dias debe salir á luz el segundo tomo de poesías de nuestro colaborador D. RAMON DE CAMERAMON. Si el primero halló en el público tan favorable acogida por la dulzura de pensamientos y fluidez de estilo, que nos recuerdan á Gil Polo y Garcilaso, esperamos que el segundo no la encuentre menos por el sentimiento, filosofía, y sublimes raptos de imaginación que brillan en la mayor parte de sus últimas composiciones.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Se suscribe á este periódico en Madrid á CUATRO REALES al mes en el Gabinete literario de la calle del Principe; en la librería de Villanar, calle de Carretas; en la de Dénis e Hidalgo, calle de la Montera; en la de Poupart, calle del Arenal.

Y en las provincias á 15 reales por trimestre.

IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN É HIJOS.